

Augusto Rodríguez

Poemas

ADIÓS PADRE

*Padre me voy: voy a jugar en la muerte,
padre me voy. Dile adiós a mi madre,
y apaga la luz de mi cuarto: padre, me voy.*
Leopoldo María Panero

Padre me voy
me voy definitivamente
a jugar con la muerte

mis días se han tornado tenebrosos
y ya no tengo tu mano
sobre mi hombro
ni tu sonrisa cariada
y benévola

Padre lo he decidido
tengo que irme pronto

ya hice las maletas
y es inminente mi partida

despídeme de mamá, de mis hermanos,
de la abuela
y del perro hijo de puta del vecino

Padre me voy
sí pero aquí te dejo
mis poemas
para que los leas y después
los quemes

pero antes te darás cuenta, tal vez, de todo
lo que en vida, te amé y odié

Augusto Rodríguez

Poemas

EL AMOR DE LAS PUTAS DEL BAR

*Fíjate, incluso las putas en el bar
piensan en él
beben demasiado
y casi se olvidan del negocio*
Charles Bukowski

¿Quién dijo que las putas
no tienen derecho a enamorarse?
es verdad que algunas ni besan
a sus clientes

otras sí
a otras les gustan los tres platos, a otras dos,
a otras ni uno

pero ellas
se ponen como gallinas pisadas
cuando el poeta
llega al bar

porque mientras él las penetra
también les lee al oído poemas de amor
que
jamás olvidarán

Augusto Rodríguez

Poemas

MI PADRE

Mi padre murió en invierno
sólo sé que al fin descansó en la estrecha
cama de todos los días.
Ya no hay ruido, ni ceremonias,
ni pañuelos, ni rosas blancas.
Al fin, dije yo, descansó de las deudas,
de los vicios, de la burocracia.
Mi padre murió en una pequeña alcoba
donde sólo quedan remedios, jeringuillas,
alcohol, drogas,
sus manos frías, abiertas
y vacías que me tocan con ternura.
Unos ojos blancos y amarillos
inyectados de muerte.
Un cáncer que no silencia
su victoria de sangre, de carne,
de vejez inconclusa.
Todos los relojes dan la misma hora
y retroceden el tiempo,
cuando mi padre no era mi padre
y simplemente era un hombre
lleno de energía
que se abría paso ante esta vida.
Mi padre murió en una alcoba de hielo
y su cuerpo cada vez se adelgaza,
se empequeñece, se evapora,
se disuelve en el aire vacío de la nada,
la lámpara de la alcoba
juega con la materia de su piel.
Sus dientes amarillos
llenos de cáncer me sonrían
yo le sonrío
temblando de miedo
aunque de a poco
se convierta en polvo fugaz.
Mi padre murió en invierno
solo sé que al fin descansó en la estrecha
cama de todos los días.

Augusto Rodríguez

Poemas

MI MADRE

Mi madre llora
en un rincón de la cocina
su cuerpo se hace pequeño
muy pequeño
casi diminuto
sus manos tiemblan
sobre su mismo eje.
Su voz suena envenenada
por las palabras verdes de mi padre
yo trato de consolarla
pero no hay consuelo.
Mi madre desea marcharse de casa
yo trato de detenerla
pero no tengo resultados.
Mi madre es un río caudaloso
que no tendrá nunca
salida al mar.

Augusto Rodríguez

Poemas

ESQUELETOS

Ellos no llegarán a la cita
seguramente porque se fugaron
de la fiesta con la puta más barata.
Encontrarán alguna mesa
y beberán aguardiente
e intentarán cruzar al otro mundo.
Sé que no se escaparán
porque todavía les falta mucho por beber
por amar por copular por escribir.
Siempre los recordaré
como los pequeños magos de la miseria
que inventaron con sus cuerpos desnudos
el mejor poema para ganar la victoria
y no quitarse las máscaras
ante los monstruos de cinco cabezas.
Pero un día no volverán
y yo tampoco volveré a verlos
como los he visto.
Sólo serán decenas
de esqueletos enterrados en este mundo.
Algún día se sentarán a la orilla del mar
a leer sus mejores poemas.

No seremos nosotros.

Augusto Rodríguez

Poemas

DESCENSO

*Este andar de los huesos
este andar de la carne
este escalar los siglos
y venir de tan lejos en abuelos perdidos*
Vicente Huidobro

Vagaremos sin señas
sin recuerdos sin infancias
por esta ciudad abierta de piernas
como mujer ninfómana o enloquecida por amor
con nuestros cansados soliloquios
para libertinos o yeguas de la Apocalipsis
Vagabundear por esta ciudad
que nos mira con los ojos en llamas
y nosotros locos o ebrios
seguiremos prematuros
sin nervios sin párpados sin riñones
solo para seguir en nuestro decadente descenso
y seguir naufragantes dispersos fantasmales
para tan solo caer de cabeza y sin entrañas
perdidos golondrinos abandonados
suplicantes por seguir este viaje a ninguna parte
sin rumbo sin brújula sin mapa territorial
En busca tal vez del abuelo fallecido
del padre canceroso o de una puta asesina
en esta ciudad muerta o de muerte
tan solo seguiremos como un soldado moribundo
o un apostador sin su *as* bajo la manga
ante el crudo aguacero que nos odia
o de la tormenta de acero que nos decapita

(De *Cantos contra un dinosaurio ebrio*)

Augusto Rodríguez

Poemas

1

En el inicio éramos mi padre y yo, tomados de la mano, en la infancia de nuestro apellido, en la prehistoria de nuestros abrazos y besos, de los viajes a la noche inventada o a la ciudad del alcohol y del tabaco. Nada sacamos en limpio si el mundo no se despedazó con nuestros rezos familiares. Si nosotros no fuimos el mundo, si la tierra que hierve en nuestras venas no expulsó el infierno que llevamos dentro. Mi padre era un hombre de piel y sombra silenciosa que llevaba en el corazón: la ira, el odio y la condena de saberse hombre de sal, de sueños verdes; destinado a padecer debajo de la tormenta de hielo que incendió sus manos; manos que acariciaron mis párpados gastados, que alguna vez miraron cómo el horizonte fue un imperio que se destruyó con el fuego de la selva. Mi padre atravesó la orilla de los muertos para alcanzarme, para alcanzar a sus muertos y decirles que es el hijo de la rabia, de la furia, de los ángeles violados, el hijo que se fugó de su propio entierro para reinventar los sollozos de las mujeres que tanto amó. Mi padre es la copa rota donde yo bebo sus vicios. Soy su vicio más profundo, su herencia vengativa, la carne miserable que no teme dividir el aire para conquistar lo que desea. Soy su herencia enferma, que asesinará sin piedad a sus verdugos. Su herencia enloquecida, que revivirá cadáveres y bestias, con tal de que su herida expulse el veneno. Mi padre es una habitación abierta de par en par, donde yo entro sin zapatos y sin medias, dispuesto a corregir mis errores. Ahí dentro sé que soy bienvenido, pero tengo que guardar silencio, para que su palabra, que es silencio y gozo, me atraviese el tímpano, el cerebelo, y cruce mi espina dorsal hasta crucificarse en mi aorta. Tengo que aprender a defenderme de sus espejos y dioses furiosos: como tigres se me lanzan al círculo e impulsan a pelear con mis manos heridas. Sólo acepto con honor su invitación y nos debatimos sangre a sangre.

Augusto Rodríguez

Poemas

2

Mi padre falleció con miedo a cerrar los párpados, con los anillos del tiempo en los dedos púrpuras, los ojos heridos de sangre amarilla, los dientes ennegrecidos por el sol tenebroso y las corrientes del aire de serpiente. Cuando alguien muere al fin deja su jaula, para convertirse en la presa de los rostros sucesivos de la piedra original, en los colores de las fuentes de agua, en las monedas arrojadas por los veteranos; deja fluir su alma como el poema perfecto y se va, lejos, muy lejos, a buscar eso que alguien pierde en los riachuelos de los días, la suerte arrojada en los casinos o en las cartas. Lo que sea más que morir en la ola, en la espuma o en los dientes de ese mar que nos reclama desde el paraíso inventado por las palabras dogmáticas, que nunca significan nada más que ver cómo decapitan a los hombres en una cruz arrojada al abismo de las campanas.

Augusto Rodríguez

Poemas

3

Para qué seguir moviendo las manos si no pueden tocar a las gaviotas que vuelan heridas; para qué seguir anudando corbatas si los amantes las niegan a la hora del sexo; para qué seguir si la tierra que mañana nos cubrirá los párpados será el lodo que naveguen nuestros animales de la ira; para qué seguir si la muerte nos invade y nos paraliza con su neblina en el páramo de la noche; para qué seguir si tenemos el corazón bajo llave, esperando que nos toque el inexistente triunfo; para qué seguir con esta farsa cuando mi padre sólo respira por los orificios de la muerte; para qué seguir si la madrugada me trae el aroma de su perfume y su beso es un pez enterrado en mi boca; para qué seguir con estas manos vacías que sólo escriben cartas que me condenan; para qué seguir apretando los puños si el abandono del beso y del abrazo es mi propio destierro; para qué seguir si se acabó la música en esta ciudad y sólo espero que mi memoria muera envenenada; para qué seguir si la palabra ya no nos condena y sólo queda el poema tatuado en el cuerpo; para qué seguir si soy un vagabundo que se perdió camino a la tumba de su padre.

4

La tierra entera es una apariencia banal ante tus ojos, padre mío. Mírame con tu amor y tu desprecio mayores. Merezco morir por tu despecho y por tu cruel enfermedad. Merezco ser la enfermedad que te está matando y morir en tu regazo. Mátame, padre, de una vez. Mátame. Yo soy el cordero de tus pesadillas.

(De Matar a la bestia)

Augusto Rodríguez

Poemas

Invocación a los muertos

En esta noche recuerdo a mis muertos como quien inmortaliza el primer hueso de la miseria, el pájaro verde de la prehistoria que vuela herido, los ojos ciegos que miran la isla del fuego. El lápiz que escribió por primera vez nuestros apellidos. Animales húmedos que anhelan las caricias. Peces salvajes navegan en mi memoria y descubren la calavera que esconde la escritura de los vivos. En esta noche recuerdo a mis muertos. Invoco a los fantasmas. Enciendo la luz de las velas para recibirlos con mis brazos mutilados.

Augusto Rodríguez

Poemas

Mutilados rojos del deseo

Veo cómo los ángeles caen sin alas y mutilados rojos del deseo. Ellos caen desafiando de las distintas ramas de la historia. Yo soy un testigo que la memoria terminará de borrar. Hay ángeles en esta habitación que me vigilan. Cae un terrible aguacero en la ciudad y nadie me conoce. Los ángeles siguen cayendo mutilados rojos del deseo y yo los numero en mi frente.

Augusto Rodríguez

Poemas

En el interior de su vestido desecho

Mi pupila la mira fijamente y la recrea en interminables arco iris y siluetas azules. Mi pupila la desarrolla y le da una cierta vida, ajena a la que tiene. Su cuerpo es un nombre resbaladizo que nunca se queda en mi memoria. Toco su piel y me doy cuenta que es un cuerpo hermoso derrotado en el interior de su vestido desecho. Le doy respiración boca a boca, pero ella no toma color ni respira. Sus glóbulos rojos navegan en el delirio.

Augusto Rodríguez

Poemas

Historias de infancia

Ella descansa en mi regazo y me cuenta historias de su infancia. Yo me la imagino con la carita redonda corriendo en busca de agua y alegría. Sonriendo al ver a los payasos y a los regalos de cumpleaños. Abrazando a su madre, a sus distintos hermanos que nunca más volvió a ver, acurrucada en el ataúd de su padre y en la melancolía de su abuela. Ella descansa en mi regazo y me sigue contando historias de infancia aunque poco a poco se duerma. Yo la miro, la veo allí, sola, débil, abandonada y lloro por sus ojos.

(Inéditos)